

## LAS EXCUSAS

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 7: VOCACIÓN Y APOSTOLADO

### LAS EXCUSAS

En el reino de los cielos acontece lo que a cierto rey, que celebró las bodas de su hijo, y envió a sus criados a llamar a los convidados a las bodas; mas éstos no quisieron venir (Matth. XXII, 2-3). *Ha venido aquel gran Rey y ha invitado a mucha gente al banquete* —comentaba nuestro Fundador—. *Aquí en la tierra, todas las almas están llamadas a la gran boda del Rey, y las almas no quieren ir, rechazan la invitación y la sala queda vacía.*

*También entiendo yo de esas negativas, hijos. Más de una vez os he hablado de esos primeros tiempos de soledad, de aquellos años en los que prácticamente repetía las palabras del Señor: ecce prandium meum paravi, tauri mei et altilia occisa sunt, et omnia parata: venite ad nuptias (Matth. XXII, 4). Tengo dispuesto el banquete. He hecho matar mis terneros y demás animales cebados, y todo está a punto: una plenitud de Amor, sin traiciones, sin cansancio, con toda la bondad y toda la hermosura, nos ha preparado el Señor<sup>1</sup>.*

Así es la vocación: una fiesta, un anfitrión y unos invitados que pueden no acudir, porque a nadie coacciona Jesucristo.

Mas ellos no hicieron caso; antes bien, se marcharon, quien a su granja —a sus egoísmos, a su comodidad— quien a sus negocios (Matth. XXII,

(1) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 298.

5): a su profesión, de la que no saben hacer camino divino en la tierra <sup>2</sup>.

Algunos de los convidados de la parábola no sólo rechazan la invitación de Dios: se revuelven contra El. Por eso *echaron mano a los siervos del rey, los ultrajaron y les dieron muerte* <sup>3</sup>. Hay almas que reaccionan así ante los requerimientos del Amor. Cuando el Señor les ofrece la felicidad a cambio de una entrega total, responden con un *no* airado, ofendido, como si ese Dios que les propone un negocio tan ventajoso fuese un estafador o un traficante inoportuno.

### *La raíz de las excusas*

Según la narración de San Lucas, de otros convidados al banquete incluso se podría decir que lamentan no poder asistir a la fiesta. Tienen un pretexto muy razonable, que les permite declinar la invitación, sin que, a primera vista, esa negativa pueda interpretarse como un desaire.

*El primero le dijo: he comprado un campo y necesito ir a verlo; te ruego me tengas por excusado. Otro dijo: he comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas; te ruego me des por excusado. Y otro dijo: he tomado mujer; por eso no puedo ir* <sup>4</sup>.

Esa parábola se cumplió en la propia vida de Jesús. El Señor algunas veces encontró en su camino odio, mezquindad de corazón, oídos que no quieren oír. Pero hubo también quienes parecían dispuestos a seguirle: tenían *buena voluntad* e incluso llegaron a decir que sí; pero fue un sí condicionado. Inmediatamente surgió la excusa, que aplazó al menos la respuesta definitiva.

*Jesús dijo a uno: sígueme. Mas él contestó: Señor, permíteme que vaya primero a enterrar a mi padre. Pero él le dijo: deja a los muertos que entierren a sus muertos. Tú marcha a anunciar el Reino de Dios. Dijo también otro: te seguiré, Señor; mas primero deja que vaya a despe-*

(2) *Ibid.*

(3) *Matth. XXII, 6.*

(4) *Luc. XIV, 18-20.*

*dirme de los de mi casa. Pero Jesús respondió: nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás es digno del Reino de Dios*<sup>5</sup>.

La respuesta de Jesús es cortante: parece no tener en cuenta si es razonable o no lo que dicen esos dos hombres; en cambio, les lleva a considerar si de verdad están dispuestos a dejarlo todo para seguirle. Porque, cuando uno desoye la llamada de Dios, en el fondo la razón es, casi siempre, apegamiento a uno mismo y cobardía. Pero cuesta reconocerse egoísta o miedoso. La conciencia, además, necesita justificarse —sentirse disculpada—, y busca *abundancia de razones sinrazones*<sup>6</sup> para dar visos de rectitud a su negativa.

Una excusa es fácil de encontrar. Por eso hay que ser sincero con uno mismo, dejar a un lado los motivos que parecen oponerse a la entrega, y preguntarse si se está verdaderamente dispuesto, con la gracia de Dios, a aceptar la invitación divina.

### *Las flaquezas*

A veces, algunos aducen un pretexto que nace de una aparente humildad, y podría expresarse en estos términos: la vocación exige unas cualidades humanas y espirituales que yo no tengo. Me conozco bien y sé que no perseveraría en la entrega.

Nuestro Padre responde en una de sus homilias, recordando la vocación de los primeros Doce:

*Aquellos primeros Apóstoles —a los que tengo gran devoción y cariño— eran, según los criterios humanos, poca cosa. En cuanto a su posición social, con excepción de Mateo, que seguramente se ganaba bien la vida y que dejó todo cuando Jesús se lo pidió, eran pescadores: vivían al día, bregando de noche, para poder lograr el sustento.*

*Pero la posición social es lo de menos. No eran cultos, ni siquiera muy inteligentes, al menos en lo que se refiere a las realidades sobrenaturales.*

(5) *Luc.* IX, 59-62.

(6) *Camino*, n. 21.

Incluso los ejemplos y las comparaciones más sencillas les resultaban incomprensibles, y acudían al Maestro: Domine, edissere nobis parabolam (Matth. XIII, 36), Señor, explícanos la parábola. Cuando Jesús, con una imagen, alude al fermento de los fariseos, entienden que les está recriminando por no haber comprado pan (cfr. Matth. XVI, 6-7).

Pobres, ignorantes. Y ni siquiera sencillos, llanos. Dentro de su limitación, eran ambiciosos. Muchas veces discuten sobre quién sería el mayor, cuando —según su mentalidad— Cristo instaurase en la tierra el reino definitivo de Israel (...).

Fe, poca. El mismo Jesucristo lo dice (cfr. Matth. XIV, 31; XVI, 8; XVII, 17; XXI, 21). Han visto resucitar muertos, curar toda clase de enfermedades, multiplicar el pan y los peces, calmar tempestades, echar demonios. San Pedro, escogido como cabeza, es el único que sabe responder prontamente: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo (Matth. XVI, 16). Pero es una fe que él interpreta a su manera, por eso se permite encargarse con Jesucristo para que no se entregue en redención por los hombres (...).

Aquellos hombres de poca fe, ¿sobresalían quizá en el amor a Cristo? Sin duda lo amaban, al menos de palabra. A veces se dejan arrebatar por el entusiasmo: vamos y muramos con El (Ioann. XI, 16). Pero a la hora de la verdad huirán todos, menos Juan, que de veras amaba con obras (...).

Estos eran los Discípulos elegidos por el Señor; así los escoge Cristo; así aparecían antes de que, llenos del Espíritu Santo, se convirtieran en columnas de la Iglesia (cfr. Galat. II, 9). Son hombres corrientes, con defectos, con debilidades, con la palabra más larga que las obras. Y, sin embargo, Jesús los llama para hacer de ellos pescadores de hombres (Matth. IV, 19), corredores, administradores de la gracia de Dios.

Algo semejante ha sucedido con nosotros. Sin gran dificultad podríamos encontrar en nuestra familia, entre nuestros amigos y compañeros, por no referirme al inmenso panorama del mundo, tantas otras personas más dignas que nosotros para recibir la llamada de Cristo. Más sencillos, más sabios, más influyentes, más agradecidos, más generosos.

Yo, al pensar en estos puntos, me avergüenzo. Pero me doy cuenta también de que nuestra lógica humana no sirve para explicar las realida-

*des de la gracia. Dios suele buscar instrumentos flacos, para que aparezca con clara evidencia que la obra es suya*<sup>7</sup>.

Escudarse en la propia flaqueza para decir que no al Señor, la mayoría de las veces no es humildad, sino soberbia. Dios no llama a nadie por sus cualidades, sino porque —a pesar de su miseria y debilidad— quiere contar con él. Decir que sí exige la humildad de ponerse por entero en las manos de Dios, sabiendo que es El quien santifica al hombre, el que da fuerza para vencer, el que colma de eficacia la tarea de sus apóstoles. Cristo llena las redes: el pescador es sólo un instrumento.

*Te reconoces miserable. Y lo eres —escribió nuestro Fundador en Camino—. A pesar de todo —más aún: por eso— te buscó Dios*<sup>8</sup>.

Y en otro punto insiste:

*—Es verdad: por tu prestigio económico eres un cero..., por tu prestigio social, otro cero..., y otro por tus virtudes, y otro por tu talento...*

*Pero a la izquierda de esas negaciones, está Dios... Y ¡qué cifra incommensurable resulta!*<sup>9</sup>.

### *Los gritos del ambiente*

Otras veces puede parecer suficiente disculpa la hostilidad del ambiente. En efecto, *ante la grandeza de Dios, ante la decisión, seriamente humana y profundamente cristiana, de vivir de modo coherente con la propia fe, no faltan personas que se extrañan, y aun se escandalizan, desconcertadas. Se diría que no conciben otra realidad que la que cabe en sus limitados horizontes terrenos. Ante los hechos de generosidad, que perciben en la conducta de otros que han oído la llamada del Señor, sonríen con displicencia, se asustan o —en casos que parecen verdaderamente patológicos— concentran todo su esfuerzo en impedir la santa determinación que una conciencia ha tomado con la más plena libertad.*

(7) *Es Cristo que pasa*, nn. 2-3.

(8) *Camino*, n. 475.

(9) *Camino*, n. 473.

*Yo he presenciado, en ocasiones, lo que podría calificar como una movilización general, contra quienes habían decidido dedicar toda su vida al servicio de Dios y de los demás hombres. Hay algunos que están persuadidos de que el Señor no puede escoger a quien quiera sin pedirles permiso a ellos, para elegir a otros; y de que el hombre no es capaz de tener la más plena libertad, para responder que sí al Amor o para rechazarlo. La vida sobrenatural de cada alma es algo secundario, para los que discurren de esta manera; piensan que merece prestársele atención, pero sólo después que estén satisfechas las pequeñas comodidades y los egoísmos humanos* <sup>10</sup>.

Esos consejeros hablan de prudencia, de no dejarse influir por los demás, aunque a la vez pretenden que su dictado se siga al pie de la letra. Opinan sobre la llamada de Dios como si fuese una especie de trastorno pasajero, producto de ciertos condicionamientos psicológicos. Invocan la libertad, mientras olvidan la coacción que ellos imponen injustamente. No consideran que, en definitiva, el mismo hecho de que la vocación se manifieste así, contra corriente, prueba hasta qué punto nace de un hecho sobrenatural, que exige una respuesta libre.

Ordinariamente es difícil luchar contra ese entorno hostil, porque todos entendemos el lenguaje de la falsa prudencia, de la mediocridad como sistema de vida. El mandato imperativo de Cristo puede aparecer entonces como una locura; sobre todo cuando, los que tratan de disuadir a alguien de que siga su vocación, son precisamente los más próximos.

*A mí me da mucha pena decir esto, pero... ¿en cuántas ocasiones es la familia, son los amigos, son los parientes los que se oponen a la entrega de una manera desconsiderada, porque no entienden, porque no quieren entender, porque no quieren recibir las luces del Señor! Y se oponen a todas las cosas nobles de una vida entregada a Dios. Y se atreven ¡a probar! la vocación de su hijo, de sus hermanos, de sus amigos, de sus parientes, y hacen una labor de tercería, sucia. Os digo esto, no para escandalizaros, sino para que andéis prevenidos: porque esa actitud la hacen incluso com-*

(10) *Es Cristo que pasa*, n. 33.

patible con un ambiente de familia que llaman cristiano. ¡Qué pena! <sup>11</sup>.

Corresponder a la gracia divina y decir que sí, es siempre un acto valiente, lleno de fe y de coraje, que supone romper con otras cosas. Por eso cabe la tentación de responder a Jesús: *te ruego que me des por excusado* <sup>12</sup>.

Nuestro Fundador, comentando el pasaje evangélico del ciego de Jericó, recuerda cómo Bartimeo, al enterarse de que el Señor pasaba a su lado, seguido por una gran muchedumbre, empezó a gritar con fuerza: *Jesús, hijo de David, ten piedad de mí* <sup>13</sup>, y los más cercanos se molestaron. *Muchos le decían que se callara, como a ti, cuando sentiste que Jesús pasaba a tu vera; cuando oíste aquel rumor, noble y limpio, de los que siguen al Señor en este ejército del Opus Dei. Se te aceleró el corazón y comenzaste a clamar; sentiste una inquietud íntima. Y amigos, costumbres, comodidad y ambiente; todos te gritaron: ¡cállate, no clames! ¿Por qué has de llamar a Jesús? Déjale. At ille multo magis clamabat (Marc. X, 48). Pero el pobre Bartimeo no hacía caso, y aún gritaba con más fuerza: Iesu, fili David, miserere mei (Ibid.).*

Parándose entonces Jesús, le mandó llamar (Marc. X, 49). *El Señor, que le oyó desde la primera vez, le dejó perseverar en su oración. Como a ti. Jesús oye el primer clamor de nuestro corazón, pero espera. Quiere que nos demos cuenta bien de que le necesitamos; quiere que le roguemos, que perseveremos, como aquel ciego, a la vera del camino que salía de Jericó.*

*Praecepit illum vocari (Ibid.); le mandó llamar, y algunos de los mejores que le rodean, le dicen: animaequior esto: surge, vocat te (Ibid.). Ponte contento, levántate, te llama. ¡Es la vocación!* <sup>14</sup>.

El Señor da su gracia para vencer los gritos del ambiente, el escándalo de quienes se obstinan en acallar el diálogo del hombre con Cristo que pasa. A pesar del clamor de la muchedumbre, al que ha recibido la llamada de Dios no le faltarán los medios para responder a esa voz exigente y animosa: *sal de tu poltronería, de tu comodidad, de tus pequeños egoísmos, de tus problemitas sin importancia. Despégate de la tierra, que*

(11) De nuestro Padre, Meditación, 9-I-1959, en Crónica IV-66, p. 42.

(12) Luc. XIV, 19.

(13) Marc. X, 48.

(14) De nuestro Padre, Meditación, 12-X-1947, en Crónica II-65, p. 47.

estás ahí plano, chato, informe. Adquiere soltura, peso y volumen, y visión sobrenatural. Date <sup>15</sup>.

¿Por qué yo?

No existen razones apodícticas que garanticen la vocación de una persona concreta. Por eso siempre es posible excusarse, decir *no lo veo* o *no lo entiendo*; considerarse indigno, o demasiado viejo o demasiado joven; buscar y encontrar pretextos familiares, profesionales, de temperamento, de ambiente, de salud o de carácter; apelar incluso a motivos de índole falsamente espiritual o de pretendida eficacia apostólica, como si uno supiera, mejor que Dios mismo, dónde y cómo debe servirle.

¿Acaso no puedo santificarme de otro modo, en otro lugar?, se preguntan algunos. Sí..., con tal de que sea otra mi vocación, deberían responderse. Pero no es compatible ese supuesto deseo de santidad con el afán de esquivar la llamada divina. Si Dios elige a una persona y le señala un camino específico, le concede también las gracias convenientes para que se santifique en ese camino, no en otro.

¡Ay de mí si no evangelizare!, exclama San Pablo al referirse a su llamada al apostolado. E insiste: *por predicar el evangelio no tengo gloria, pues estoy por necesidad obligado a ello* <sup>16</sup>. Y en la intimidad del Cenáculo, Jesús recuerda a los Doce: *no me elegisteis vosotros a mí, sino que yo soy el que os he elegido a vosotros* <sup>17</sup>.

\* \* \* \* \*

La parábola evangélica de los invitados al banquete termina con una nueva llamada del padre de familia. Jesús nos enseña que es posible decir que no, a las claras o buscando una excusa. *Pero las cosas de Dios* —comentaba nuestro Fundador— *van adelante siempre, aunque no queramos nosotros*. Entonces dijo a sus criados: las bodas están dispues-

(15) *Ibid.*

(16) I Cor. IX, 16.

(17) Ioann. XV, 16.



tas, mas los convidados no eran dignos de asistir a ellas. Id, pues a las salidas de los caminos, y a todos cuantos encontréis, convidadlos a las bodas (Matth. XXII, 8-9). *¿No os conmueve, hijos?: a todos llama el Señor. De este montón eres tú y soy yo, de ésos que ha querido buscar en las encrucijadas de todos los caminos. Y hemos venido como esos hombres de la parábola: cojos, ciegos, sordos* <sup>18</sup>.

Ante la generosidad de esa invitación, ¿quién será capaz de encontrar una justificación razonable, que le permita decir que no? Jesús no pide más condiciones que el abandono en sus manos. *Caben los pobres y los ricos (...), los enfermos y los sanos, los viejos y los jóvenes, los doctos y los que apenas saben leer o los que no saben ni la a. Os puedo decir que muchas veces he visto a mi alrededor, entre gente de la Obra, personas de poca cultura que tienen algo más que la ciencia: el don de sabiduría. De tal manera han tratado a Dios con simplicidad, que el Espíritu Santo se ha volcado en aquellas almas* <sup>19</sup>.

*Dijo después el criado: Señor, se ha hecho lo que mandaste, y aún sobra lugar. Respondióle el amo: sal a los caminos y cercados, e impele a los que halles a que vengan, para que se llene mi casa* <sup>20</sup>.

Se renueva la llamada de Dios, y son muchos los que la oyen. A los que se encuentren en estas circunstancias —aconseja el Padre— les repito lo que tantas veces (...) hemos leído los sacerdotes en el Oficio Divino: si oís hoy la voz de Dios, no queráis endurecer vuestros corazones (Ps. XCIV, 7-8). *Que vuestro corazón sea como de cera, para que Dios plasme allí su imagen, en la que pueda recrearse* <sup>21</sup>.

(18) De nuestro Padre, Crónica, 1971, pp. 298-299.

(19) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 443.

(20) Luc. XIV, 22-23.

(21) Del Padre, Crónica, 1977, p. 586.

[Anterior](#) - [Siguiente](#)

[Volver al índice de Cuadernos 7: Vocación y apostolado](#)

[Volver a Libros silenciados y Documentos internos](#)

[Ir a la correspondencia del día](#)

[Ir a la página principal](#)